

Tribuna

Otra forma de luchar contra el tabaquismo

España, al contrario que otros países, sigue manteniendo una política contra el cigarrillo electrónico



RICCARDO POLOSA
Director del Instituto de Medicina Interna e Inmunología Clínica de la Universidad de Catania (Italia)

Hace seis meses fui invitado a participar en el 50º Congreso de la Sociedad Española de Neumología y Cirugía Torácica (Separ), donde defendí mi firme creencia de que el cigarrillo electrónico y los productos del vapor pueden y deben ser una herramienta útil en la lucha contra el tabaquismo. Para mi sorpresa, observé que la Separ todavía mira con miedo a este producto y a su potencial de reducción de daños entre aquellos fumadores que no han podido o querido dejar de fumar, mientras que un creciente número de asociaciones homónimas alrededor del mundo están tomando un camino distinto.

Soy uno de los principales luchadores contra el tabaco y los efectos del tabaquismo, y por ello presido la Sociedad Italiana contra el Humo. No hay duda: el tabaquismo es la gran epidemia del siglo XXI, y por ello no debemos escatimar en recursos para luchar contra sus efectos nocivos. Ahora bien, los métodos tradicionales para abandonar el tabaco (parches, chicles, etc.) tienen una tasa de éxito no superior al 30%. ¿Qué pasa con el 70% restante?

Es ahí donde el potencial de los vaporizadores puede constituir, adecuadamente incentivado, una herramienta de salud pública de primer orden para reducir los daños asociados al tabaquismo en ese elevadísimo número de fumadores que no han podido, o querido, dejar de fumar. Si van a seguir fumando es mejor animarlos a pasarse a alternativas menos nocivas que les proporcionen nicotina, pero sin combustión, ya que la evidencia científica confirma que estos productos



Un hombre con un cigarrillo electrónico. PIXABAY

reducen hasta en un 95% los daños derivados del consumo de tabaco convencional.

Precisamente estos son los datos que acaba de publicar el servicio de sanidad inglés (Public Health England) en un metaanálisis de todos los estudios científicos publicados hasta la fecha, en el que: 1) reconoce al cigarrillo electrónico como un dispositivo 95% menos nocivo que el tabaco convencio-

nal; 2) confirma que 20.000 personas dejan el tabaco cada año gracias a ellos; 3) explica que ha contribuido a acelerar la reducción en la prevalencia tabáquica; 4) certifica que no constituye una puerta de entrada al tabaquismo, y 5) concluye que el *vapeo pasivo* es insignificante desde un punto de vista sanitario.

De hecho, Reino Unido lleva años evaluando el impacto del e-cig. En julio de 2016, Public Health England emitió un comunicado conjunto con otros 12 organismos médicos, entre los que se incluían la Fundación Británica del Pulmón, la Asociación Británica de Neumología (la Separ británica) y el Real Colegio de Médicos Británico, reconociendo que gracias al cigarrillo electrónico se había conseguido ayudar a 1,3 millones de personas en Reino Unido a dejar de fumar.

El propio Ministerio de Sanidad británico ha incluido el cigarrillo electrónico en sus ya conocidas campañas para octubre para dejar de fumar (*Stoptober*).

Pero Reino Unido no es ni mucho menos el único país en tomar estas medidas, pues en los últimos años países como Francia,

Estados Unidos, Canadá o Noruega le han seguido en este cambio de mentalidad en las políticas contra el tabaquismo. Con estos precedentes, ¿por qué en España se sigue manteniendo una política *anti-e-cig* anclada en el pasado?

No se trata de que el cigarrillo electrónico sea un buen producto o no. No es sano y no debería promoverse entre no fumadores. Ahora bien, para aquellos fumadores que no han podido o querido dejar de fumar es preferible, desde un punto de vista sanitario, que se pasen a alternativas de menor riesgo sin combustión, pues solo con este cambio de hábito se podrán salvar millones de vidas en el medio y largo plazo.

El Gobierno español debe mirar fuera de sus fronteras, seguir de cerca el debate científico internacional en torno a estos productos y ser valiente para innovar sus políticas sanitarias e integrarlas como herramienta adicional en la lucha contra los efectos del tabaquismo. En juego está la salud de ese 70% de fumadores que merecen tener a su disposición todas las herramientas posibles en su particular vía crucis contra el tabaquismo.



Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Canadá o Noruega incluyen este producto en su política sanitaria

Editorial

Una industria que se despide del diésel y mira a un futuro de tecnología limpia

E

l imparable retroceso del diésel y las consecuencias que esa caída tendrá para la industria del automóvil es uno de los temas que van a centrar este año el Salón del Automóvil de Ginebra, que en

esta edición llega repleto de novedades –se presentarán 110 primicias mundiales y europeas– y de resultados récord por parte de las principales marcas. Los datos no dejan dudas sobre cuál es la tendencia en el mercado: las matriculaciones se han dado la vuelta y la gasolina ya supera al diésel, la tecnología que llegó a ser la gran apuesta europea y a acaparar el 70% del parque.

Lo que ha herido de muerte al diésel no ha sido un simple cambio de tendencia en el mercado, sino una conjunción de factores. El primer golpe se lo propinó el *dieseltgate*, el gigantesco escándalo de emisiones que se destapó en Volkswagen y salpicó después a otras compañías en EE UU y Europa, y cuyo principal efecto ha sido derribar el mito de que era un combustible más limpio que la gasolina. A ese tsunami de imagen y de confianza hay que sumar la creciente ofensiva regulatoria contra las denominadas tecnologías sucias, uno de cuyos objetivos es desterrar el diésel por sus serios efectos medioambientales. El último ejemplo hasta el momento de esa tendencia ha sido la decisión de Roma de prohibir esta tecnología en 2024 o el respaldo de los tribunales alemanes a los límites que han impuesto varias ciudades de aquel país.

Pese al crecimiento de las matriculaciones, la gasolina no es una opción exenta de problemas, dado el endurecimiento de las emisiones de CO₂ que Europa aplicará y que pueden provocar sanciones de cifras multimillonarias. La industria mira, por tanto, al coche eléctrico como modo de despejar la ecuación y como futuro de un mercado que estará cada vez más regulado en cuestiones medioambientales. De momento la cuota de mercado de los vehículos limpios es todavía pequeña, pero son la gran apuesta que no puede ignorar ninguna marca que aspire a mantener su liderazgo. Entre los debates que se generarán estos días en Ginebra estará cómo gestionar esos cambios de forma gradual, eficaz y ordenada.

El coche eléctrico es la gran apuesta que no podrá ignorar ninguna marca que aspire a mantener el liderazgo

